

Manuel Alcántara: un veterano que sigue pensando la política entre la lucidez y la calma¹

 **Carlos Enrique Guzmán Mendoza**

Doctor en Ciencia Política
Universidad del Atlántico, Colombia.
ceguzman@mail.uniatlantico.edu.co
<https://orcid.org/0000-0002-0502-9908>

Lorena Alejandra Campos Barreto

Estudiante en Ciencia Política
Universidad del Atlántico, Colombia.
lacampos@mail.uniatlantico.edu.co

Cómo citar este artículo en APA:

Guzmán Mendoza, C. y Campos Barreto, L. (2025). Manuel Alcántara: un veterano que sigue pensando la política entre la lucidez y la calma. *Analecta Política*, 15(29), 01-12.
<https://doi.org/10.18566/apolitv15n29.a01>

¹ Esta entrevista se desarrolló en el marco de la conferencia “Una mirada hacia el futuro sin ignorar el pasado” que el profesor Manuel Alcántara Sáez presentó a los estudiantes del Programa de Ciencia Política el día 09 de mayo de 2025, en el Centro de Convenciones Teatrino 2 de la Universidad del Atlántico.

Con un aspecto relajado, como quien ya no le corre a la vida, y con una mirada profunda, de esas que delatan experiencia y reflexión, Manuel Alcántara llegó al encuentro sin pretensiones, como si no cargara a costas una de las trayectorias académicas más reconocidas en el estudio de la política en América Latina. De hablar pausado y tono sereno, pero con la firmeza de quien ha dedicado su vida a observar críticamente lo público, Alcántara desarma el protocolo sin renunciar al rigor. Lo que se esperaba como una entrevista académica con uno de los politólogos más influyentes de la región, terminó siendo una conversación cálida, humana, y profundamente reveladora.

La charla tuvo lugar luego de su conferencia sobre *la fatiga de la democracia*, un espacio en el que compartió sus perspectivas sobre las tensiones, desafíos y posibilidades de los regímenes democráticos en el presente. Allí no solo conocimos parte de su pensamiento académico, sino también esa capacidad suya de encontrar inspiración en los detalles, de mirar lo complejo sin dejar de lado lo sensible. Porque Alcántara, además de investigador, tiene alma de escritor: disfruta la palabra, se detiene en ella, la saborea.

Durante el diálogo, más que al académico aclamado, encontramos al pensador crítico, al observador paciente, al hombre que reflexiona con calma y responde sin fórmulas. Hablamos de política, sí; pero también de pasiones, de libros, de miedos, de los jóvenes, de la inteligencia artificial, de cómo enseñar ciencia política cuando la política misma parece desgastada. Con humor, con memoria, con esa humildad que solo tienen los sabios, Manuel Alcántara nos ofreció una entrevista que trasciende lo académico y se convierte en una brújula para quienes —desde la docencia, la investigación o la simple curiosidad— intentamos comprender el complejo mundo de lo político.

Lorena Campos —Me gustaría comenzar conociendo un poco más quién es Manuel Alcántara.

Manuel Alcántara —Eso me conduce a pensar un poco la pregunta, *¿quién es Manuel Alcántara?* me lleva a algo que repito mucho en los últimos tiempos, a propósito de si hay que preguntar quién es alguien o de qué vive alguien. Debido a que *quién es* nos lleva a la cuestión identitaria, a definirse de qué forma, ¿religiosamente? ¿culturalmente? ¿profesionalmente? ¿sexualmente? ¿gastronómicamente? Esto comporta muchas respuestas. ¿Sin embargo, de qué vive uno? Es muy claro, y, sin embargo, a la gente no le gusta hablar de qué vive. Yo soy pensionado en España, tras 38 años de servicio activo, y ahora tengo un compromiso laboral

con el Centro Internacional de Estudios Políticos y Sociales de Panamá. Entonces Manuel Alcántara es muchas cosas, pero vive de esto.

LC —¿Cómo terminó en el mundo de la ciencia política? ¿Recuerda alguna canción, algún libro, momento o mentor que lo impulsara a dedicarse a la política?

MA —Esto viene a tener relación, con que, en términos profesionales, vengo dedicándome —y, por consiguiente, ganándome la vida desde hace ya casi 50 años— en el ámbito académico, universitario y de investigación, siempre en torno a la ciencia política. Y sobre esto, yo debería referirme al hermano mayor de una pareja de gemelos que eran compañeros en el colegio, y que creo que fue la primera persona que me habló que existía la carrera de ciencia política. Debía tener yo 16 años y fue la primera vez que me hablaron de ello. Recuerdo que me dijo que lo más bonito de la ciencia política, es que tenía cabida para muchas cosas: filosofía, historia, derecho, sociología, geografía, economía. Y eso me resultó un poco atractivo para echarle el ojo, y lo tomé como segunda opción, porque la gente me habría dicho que estaba loco si lo tomaba como primera opción por dos razones. La primera, porque estábamos en una dictadura, y la segunda, porque no era muy claro qué salidas profesionales tendría eso. Y por ello lo tomé como segunda opción, para hacerla —diría— en las horas muertas. Mi primera opción fue ciencias (básicas), en concreto fue matemáticas, pero tras dos años me desencantó o no sé si no valía y me quedé en ciencia política.

LC —Profesor, ahora que menciona eso de crecer en la dictadura, entendemos que usted nació y vivió en una España marcada por el franquismo; ¿siente que, en alguna medida, esto lo influyó a dedicarse al análisis de la vida política?

MA —No, para nada, porque precisamente algo que teníamos interiorizado era que la política era algo sucio, algo que no había que meterse en ello, y yo no tenía tampoco militancia, no participaba en ninguna organización antifranquista.

LC —¿Y cómo hizo usted para superar ese *miedo* a que nos sigan tomando por locos, por dedicarnos a la política y su estudio?

MA —Bueno, lo primero fue que empecé a encontrar gente que se dedicaba a ello, personas muy inteligentes y muy sensatas; segundo, porque me di cuenta de que la disciplina permitía una versatilidad de lugares de trabajo increíble, que no tenían necesariamente que ver con la política ya que podían estar en el mundo de la empresa, por ejemplo. Un politólogo que se encuentra en el mundo de la

empresa es una persona con capacidad para manejar distintas cosas y yo veía eso en el mundo de la empresa, como luego me ocurrió, ya que trabajé cinco años en un banco. Algo que me ayudó mucho en la versatilidad y en tener visión heterogénea para trabajar.

LC —Para conocerlo un poco más, si tuviera que imaginar un día en su vida lejos de congresos, de *papers* de todo ese mundo de la ciencia política, de la academia y de la investigación, ¿qué haría? ¿qué música escucharía, qué libro leería, qué comida probaría, a dónde viajaría?

MA —Un día perfecto para mí sería el que a primera hora de la mañana pudiera caminar dos horas, preferible solo; en que pudiera leer el periódico en papel, pudiera tomar el aperitivo con dos o tres amigos, charlar. En cuanto a la comida no soy especialmente caprichoso, hay muchas comidas ricas posiblemente preferiría pescado antes que carne; después tener una siesta de media hora en una butaca, en que leería un par de horas a media tarde, tomara luego algo con una persona querida y en el que viera una buena película de cine antes de acostarme.

LC —Ya que menciona tomar algo con una persona querida, le pregunto: ¿vino o café? para una buena lectura de esos que erróneamente llegamos a llamar clásicos o incluso de Sartori.

MA —Tomo café solo por las mañanas; por la tarde, si tengo que tomar una bebida, suelo tomar gin tonic.

LC —Aterrizando un poco más en su vida académica, entendemos que su trabajo ha estado profundamente ligado con América Latina y no solamente desde la investigación sino también en las experiencias vividas. Sabemos que tiene la nacionalidad colombiana, entonces me gustaría que habláramos un poco más de este vínculo que, incluso, más que académico me llega a parecer afectivo. En este sentido, ¿qué siente usted que le ha enseñado América Latina, que no pudo enseñarle Europa y los libros?

MA —Es una pregunta muy importante. Creo que América Latina me aproxima a mi identidad cultural; tuve un gran profesor que influyó mucho en mí y que me dijo: “ningún latinoamericano puede ser tal si no conoce España” y yo le di vuelta a la frase: “ningún español puede ser tal si no conoce América”. Hay una parte de mí —no sé, llámalo cultural, de valores— que se encuentra aquí en la enorme diversidad de América Latina.

LC —Siguiendo con la línea de América Latina entendimos que su inclusión entre los cincuenta académicos más influyentes de esta región evidencia el impacto tan profundo que ha tenido su obra allí ¿cómo interpreta usted que este lugar de influencia se puede presentar en un continente tan diverso políticamente?

MA —He tenido la posibilidad de viajar por todo el continente y conozco todos los países de América Latina y estudiantes de prácticamente todos ellos, también colegas con los que he hablado, con los que he tenido una estrecha relación, no solo académica sino también humana y eso facilita —creo— esa situación.

LC —¿Y usted siente que desde esta posición se ha complicado un poco el tema de producir conocimiento político?

MA —No.

LC —No considera que recibir ese título influye de alguna manera a las metas o líneas de conocimiento que usted quiere crear o seguir. Esto se lo digo porque para nosotros, como estudiantes de esta disciplina, al participar en actividades, presentarnos a eventos o convocatorias, en muchos momentos nos da temor sobre qué hacer, cómo hacerlo, qué información buscar o presentar. ¿Qué cree usted que es lo mejor en esos casos, producir desde las experiencias de otros autores o producir desde nuestros pocos pensamientos?

MA —Creo que las dos cosas están muy unidas, y es que al principio uno debe formarse, y en ese proceso de formación habla con palabras de otros, habla con ideas, con esquemas mentales, con metodologías de otros; pero luego, según va pasando el tiempo, uno no sabe cuándo se ha invertido esto, y uno empieza a hablar con su voz propia. Yo no te sé decir más porque esto no es un proceso matemático, a unos les llega antes, a otros les llega después, algunos son más atrevidos, otros son más tímidos, pero es un proceso que debe ser así, uno primero habla con una voz prestada, y luego tiene su propia voz.

LC —En relación con lo que veníamos hablando de América Latina, usted, que ha estudiado las élites políticas y analiza el panorama político de esta región, ¿siente hoy más miedo, esperanza, o quizás una mezcla de las dos?

MA —Más bien una mezcla de los dos, sabes. Soy pesimista y creo que América Latina ha avanzado muy poco, porque hay problemas que siguen siendo similares a los que vi la primera vez que me aproximé. Pero luego también uno recapacita y se da cuenta de que hay aspectos que han mejorado en la región, En

los primeros, por ejemplo, no se ha mejorado en la desigualdad, se ha mejorado muy poco o no se ha mejorado en la informalidad, pero en los segundo, creo que se ha mejorado en temas de democracia, hay fórmulas menos autoritarias que antes, así mismo creo que se ha mejorado en una mayor tolerancia, menos dogmatismo, menos machismo, que no ha disminuido lo suficiente, pero que paso a paso va cambiando.

LC —Para no dejar pasar esta oportunidad me gustaría, saber qué opina usted del momento político actual de Colombia y si hay algún hecho o situación particular que llamen su atención.

MA —Colombia vivió un momento histórico hace tres años cuando un presidente claramente ubicado en la izquierda ganó las elecciones de forma nítida, eso significa una madurez similar a la de otros países de América Latina que habían tenido también esta posibilidad de que la izquierda llegara al poder democráticamente, pero esa llegada creo que primero se articuló sobre un proceso de paz que se veía claramente que estaba crudo, sobre todo después del fracaso del plebiscito. Personalmente he sentido una gran decepción por dos motivos: uno, vinculado a cuestiones de tipo institucional referidas a la dificultad que tiene el presidencialismo para articular coaliciones y, por consiguiente, generar proyectos de largo alcance. Y la otra, la decepción de la figura del presidente, un hombre que tiene más oscuros que claros, un hombre con importantes limitaciones a la hora de ejercer el poder, de ejercer el mando. Esos dos elementos son principalmente las causas de decepción que se viven en el país después de 2022; pero en general, el solo hecho de que ganara ese candidato de izquierda creo que fue muy positivo.

LC —Siguiendo con eso, profesor, y teniendo muy presente la situación que se ha presentado con las corrientes de izquierda en el país, luego de que después de tanto tiempo logran poner a un presidente y del desencanto que se logra apreciar en muchas redes sociales e incluso cuando uno habla con diversas personas en el día a día, ¿usted considera que se está viviendo una reinvención de la izquierda colombiana, o que, por el contrario, las personas que se ubican ideológicamente en la izquierda lo que están haciendo es utilizar este discurso para ubicarse en posiciones de poder?

MA —Sí, más bien lo segundo. Lo primero, desafortunadamente no lo veo, por eso también es una oportunidad perdida, a la hora de crear y posicionar un partido más orgánico, posiblemente porque esta es una mala época para los partidos en general, con este individualismo en el que vivimos, con esta desintermediación en la que se vive la política, por eso entiendo que es una oportunidad perdida.

LC —Si usted pudiera hacer un análisis o una reflexión de lo que podemos esperar en Colombia para nuestras próximas elecciones presidenciales, evidenciando los precandidatos que ya están haciendo públicos su interés de participar en esta contienda, ¿usted qué tendencias cree que podremos ver?

MA —En el momento actual es complicado. Es posible que un candidato de centro pudiera tener una oportunidad, alguien que rompiera esa tendencia a la polarización, pero, lo que más me preocupa es que en cualquier caso, se viviría nuevamente una situación muy personalista, nuevamente todo estaría girando en torno a un candidato sin equipo, y yo creo que la política tiene que ver con equipos, esos eran los partidos, pero estos están pasando ahora mismo una mala época. Alguien que entre en política no pude entrar solo, no puede empezar a inventar, por ejemplo, quién va a la embajada de Washington, quién es el ministro de educación, quién es el que ocupe cada organismo. Por eso era por lo que estaban los partidos. Los partidos eran esa escuela, ese lugar donde la gente se preparaba, se iban fogueando, donde la gente se conocía, donde se tenía un credo más o menos común, pero eso, como te digo, ha desaparecido. Ahora son solo presidentes que llegan al poder y una vez que están allí empiezan a improvisar y eso le puede ocurrir también a la izquierda y puede llegar de nuevo otro presidente que tenga credenciales de izquierda, pero que no tenga ningún equipo humano para sacar adelante el proyecto político que quiera impulsar.

LC —Con relación a esto, últimamente muchos teóricos y docentes han hablado de eso que conocemos como la crisis de la democracia. ¿Usted siente que la democracia está en crisis, o que, en realidad, la democracia siempre ha estado de alguna manera enferma?

MA —Bueno, la democracia siempre ha tenido problemas, pero hoy son más agudos porque estamos en una sociedad mucho más compleja y grande. Tenemos que ser conscientes que muchas instituciones de la democracia están hechas para sociedades demográficamente más pequeñas, y ahora contamos con sociedades mucho más grandes. Además, se trata de una sociedad que ha cambiado enormemente con la revolución digital (que) ha impuesto también cambios en la comunicación, en el interactuar de las personas que son novedosos. Era inimaginable pensar que un presidente se dirigiera a la gente a través de una red social, y que recibiera de la gente mensajes a través de esta, sin que un equipo revisara y contestara esto, eso era impensable. Que políticos hablen entre sí en las redes sociales y que se insulten, es un claro ejemplo, pero otro escenario tiene que ver con la intermediación: la posibilidad realmente de hacer consultas, de obtener

datos de la gente y entonces poder conocer las preferencias de las personas. Eso ya no es una utopía, porque ya existe, y eso transforma lo que son las bases de la democracia, y en ese sentido la democracia debe reinventarse.

LC —Teniendo en cuenta estas tonalidades de blancos y grises, que podemos presentar con base en las nuevas tecnologías ¿cuál considera que debe ser el papel que jueguen estas mismas en equipos de campañas políticas, entendiendo claramente la diferencia entre comunicación de campaña y comunicación de gobierno? A nivel general ¿cuál considera que es el papel que deben tomar estas redes sociales?

MA —Lo que sé, es que las redes sociales deben estar reguladas. Al igual que hace tiempo que están reguladas la radio, los periódicos e incluso la televisión, así mismo las redes deben estar reguladas, y permanecer bajo algún tipo de control. Este es así porque no todo es válido. Y, esta es una oportunidad que se ha perdido, y yo creo que estamos en un escenario en el que impera la ley de la selva, donde no hay ningún tipo de regulación, y eso, en relación con la pregunta anterior, es otro elemento que afecta a la democracia.

LC —En medio de tanta incertidumbre política, los jóvenes parecemos estar entre el desencanto y la acción, marchamos, debatimos, generamos contenido, ¿pero también existe un profundo descontento con las instituciones, ¿qué cree usted que es lo más importante que la ciencia política de hoy le puede enseñar a las nuevas generaciones?

MA —Bueno, algo que no es solo de la ciencia política, sino de la vida, el futuro no está escrito y este pertenece a las esperanzas que la gente tenga hoy sobre él, entonces, tener eso presente es crucial, se puede pensar en un mundo mejor, sabiendo cuáles son los déficits del mundo actual, para proyectarlo en distintas acciones.

LC —Algo que usted nos mencionaba en la conferencia que tuvimos la suerte de escuchar anteriormente, desde su opinión, ¿cómo debemos enfrentar tanto el miedo como el encanto desmedido en el marco de estas nuevas oportunidades tecnológicas como la inteligencia artificial?

MA —Como bien sabemos, el miedo surge frente al desconocimiento, frente a la incertidumbre. Entonces, lo primero es que hay que conocerlo, estudiar cuáles son las bases de todo este nuevo mundo tecnológico en el que estamos. Esto no es vudú, no es algo esotérico, sino algo que tiene unas bases científicas, y eso es lo primero, saber cómo se construye, qué suponen los algoritmos, qué supone

la ausencia de regulación, quién es el propietario de cada red, cuánto dinero está ganando por mi presencia y uso de esa red. Pensar eso, que lo que estamos usando no es gratuito y que eso está beneficiando a un determinado sector minoritario de personas, saber eso; no digo no usarlo, solo reconocer lo importante de desconectarnos durante cierto tiempo a lo largo del día, no estar absolutamente conectados todo el tiempo.

LC —Me gustaría también preguntarle ¿qué liderazgos políticos jóvenes le han llamado la atención últimamente en América Latina y por qué?

MA —En Panamá hay un grupo político que se llama Vamos, es independiente en principio, pero están actuando casi como un partido político, ahí hay un líder que estuvo de diputado y que tiene menos de 30 años, se llama Juan Diego Vásquez, me ha impresionado verle actuar y verlo hablar y dado que es el sitio donde estoy viviendo es lo más cercano que tengo.

LC —En relación con esto, profesor, si usted hoy pudiera darle un consejo a los jóvenes que están empezando a participar activamente de la política, ¿qué les diría?

MA —Lo primero, algo muy clásico: la unión hace la fuerza, no actúen como francotiradores, no actúen solos, actúen generando comunidades, y eso son partidos. En el fondo creo en el partido como instrumento. Entonces, no trabajen aisladamente, no actúen de forma particularista, eso es lo principal, dado que eso se ha perdido; y, lo segundo, hay que conocer la realidad desde una perspectiva muy teórica, pero también desde una empírica y eso es la calle, conocer la calle; y, en tercer lugar, mirar al mundo y ver los problemas y soluciones que tienen los otros lugares, romper el ombliguismo, solo yo, y mis soluciones y mis circunstancias, ver qué ocurre en otros lados.

LC —Hablando de eso mismo, de ver qué sucede en otros entornos, al usted hacer un análisis de la situación geopolítica global, ¿cuáles considera que son los problemas con mayor relevancia del momento?

MA —El mayor problema que tenemos es la ausencia de reglas en la convivencia internacional, que se haya quebrado un modelo que no es que fuera perfecto, para nada, pero que fue el que se estableció luego de la Segunda Guerra Mundial, en torno al multilateralismo. Que no haya reglas permite la masacre que está sucediendo en Gaza, permite la invasión de Rusia a Ucrania, permite que el presidente de los Estados Unidos se salga y rompa unilateralmente acuerdos internacionales, permite que la propia China esté en una situación de constante

amenaza frente a Taiwán. Yo creo que ese es el principal problema y lo que hay que confrontar y solucionar ya mismo. En un mundo que es uno solo, en una sociedad, en un comercio y en una economía que está muy globalizada, lo que hace falta es una gobernanza y eso solo se logra con reglas.

LC —Usted podría entonces señalar que la solución que podemos darle a todos estos conflictos y situaciones que se están dando sería eso mismo, ¿a través de la regulación? ¿Cuál sería la mejor forma de regularlas y quién debería encargarse de ello?

MA —Para eso tenemos a las Naciones Unidas, en poco tiempo se debe elegir a la persona que manejará la secretaría general los próximos años, tenemos algo. No tendría sentido que elimináramos y despreciáramos eso, lo que considero necesario es una gran reforma desde esta organización quitando los vetos, quitando los problemas que ya varios especialistas han detectado.

LC —A lo largo de una vida dedicada a la ciencia política, pues imagino que también han existido dudas, giros e incertidumbre, ¿en algún momento ha cambiado radicalmente una postura frente a alguna situación política importante?

MA —Sin duda alguna. Ahora no recuerdo en concreto ninguna oportunidad para ejemplificar, pero sin duda. Seguramente, si repaso las cosas que he escrito encontraré algunas donde me he contradicho luego, aunque creo que he sido bastante constante en mis convicciones generales, sobre los grandes temas.

LC —¿Alguna vez ha pensado en tirar la toalla, en dedicarse a otra cosa?

MA —Posiblemente sí, hubo un momento en que estuve pensando que me gustaría más —aunque no es una cosa muy alejada— dedicarme al mundo internacional, de la cooperación internacional, trabajar en algún organismo internacional. Esto lo pensé a mediados de la primera década de este siglo.

LC —Si usted pudiera escribir una carta para sí mismo, cuando estaba iniciando este camino de la ciencia política, ¿qué le diría Manuel a Manuel?

MA —Que debería haber estudiado más, que me debería haber ido de la Universidad de Salamanca luego de cumplir algunas de mis metas. Creo que es bueno cambiar, que en los sitios se debe estar entre 10 y 15 años, eso de estar en la misma universidad toda la vida es un error; si alguien tiene una vida laboral de 35-40 años, debe pasar por al menos tres universidades. Eso sí es algo que me he reprochado varias veces.

LC —Mirando hacia atrás, ¿qué es eso de lo que usted más orgulloso se siente de toda su carrera?

MA —De mis estudiantes.

LC —Profesor, me gustaría hacerle unas preguntas rápidas, Gabriel García Márquez o Mario Vargas Llosa, ¿quién y por qué?

MA —Los dos son geniales, pero elijo a Vargas Llosa, porque tuvo muchas caras.

LC —¿Hobbes o Rousseau, quién y por qué?

MA —Hobbes, porque yo creo que identificó mejor la naturaleza humana.

LC —¿Atardecer en la playa o paseo por una ciudad histórica?

MA —Atardecer en la playa.

LC —¿Película o serie que nos recomendaría para entender mejor el poder o la política?

MA —2001: una odisea en el espacio

LC —¿Cuál ha sido el momento más surrealista o divertido que ha vivido en un evento académico?

MA —Los candidatos panameños en las últimas elecciones asistiendo a la catedral el día de la elección me pareció algo surrealista.

LC —¿A qué se dedicaría o de qué viviría Manuel Alcántara hoy si no fuera politólogo? ¿chef, deportista, actor?

MA —Posiblemente, como me dijo alguien algún día: director de hotel, porque ves a mucha gente diferente y con problemas muy diversos.

LC —¿Algún libro que siempre recomiende a sus estudiantes, aunque no sea exclusivamente de ciencia política?

MA —*El Quijote*, porque es la vida, hay de todo. Y fíjate que *El Quijote* lo leí por primera vez entero cuando tenía 60 años y ahí saqué un artículo que se llama el Quijote y la política.

LC —Me han dicho que escribe fuera de lo académico, ¿sobre qué?

MA —Desde hace 12 años escribo, sin fallar una sola semana, una columna literaria. Me gustaría, y a lo mejor lo hago algún día, escribir una novela, de mi vida, pero donde sería un consultor internacional que trabaja en la cooperación internacional y se mueve en esa línea.

LC —Profesor, en nombre de todos los que amamos este oficio de estudiar la política, muchas gracias. Esta entrevista será para nosotros como una brújula. Regálenos, para cerrar, una frase o una idea que defina para usted qué es ser politólogo.

MA —La política es una actividad humana, absolutamente necesaria, porque tiene que ver con el manejo de algo incómodo que es el poder; entonces, todo lo que sea reflexionar sobre esa actividad es imprescindible para el bienestar de la humanidad.